



XI

LAS FIESTAS DEL BEY

EN las regiones del Mediodía, de remota civilización, son ya raros los castillos históricos que se mantienen en pie. Apenas de trecho en trecho alguna que otra vetusta abadía alza en la ladera de una loma su fachada bamboleante y desmembrada, hendida de aberturas que fueron ventanales, y hoy monumento de polvo calcinado por el sol, procedente de la época de las Cruzadas ó las cortes de amor, sin el más leve vestigio humano entre sus piedras, por las cuales ni trepan ya la hiedra ni el acanto, pero que perfuman el espliego y el tomillo. La quinta de Saint Románs es entre tanta ruina una ilustre excepción. Si habéis viajado por el Mediodía, por fuerza la habréis visto y la reconoceréis desde luego. Álzase entre Valence y Montelimart, en un punto donde la vía férrea costea á pico el Ródano, al pie de las ricas colinas de Beaume, de Rancoule, de Mercuriol, aquel horno caldeante de l'Ermitage que coge cinco leguas de cepas apiñadas, alineadas, cuyos sarmientos cabrillean á la vista y bajan brincando hasta la margen del río, el cual en aquella parte se ostenta verdoso y tachonado de islas como el Rhin por la de Bále, pero con un chaparrón de sol que el

Rhin no ha recibido en su vida. Saint Románs se levanta frente por frente en la margen opuesta, y á pesar de la rapidez de la visión, á pesar del arranque disparado á todo vapor de los vagones, que parece que en cada revuelta quieran despeñarse furiosamente al Ródano, la finca es tan vasta, desplégase tan limpiamente allá en la orilla frontera, que parece como que sigue la carrera enloquecida del tren, y graba para siempre en los ojos del viajero el recuerdo de sus rampas, de sus balaustres, de su arquitectura italiana, dos pisos de no alto techo que corona la línea de columnitas de una terraza, desde donde se dominan los altísimos taludes por los cuales rebota el agua de las cascadas, el laberinto de las avenidas enarenadas y ascendentes, la perspectiva de los inmensos setos terminados por alguna estatua blanca que se dibuja en el azul del cielo como en el fondo luminoso de un ventanal. En la parte alta, un cedro colosal estratifica sus crestadas verduras de negras y flotantes sombras, silueta exótica que, tiesa como está delante de aquella antigua mansión de un asentista de la época de Luis XIV, hace pensar en un gigantón negro que llevase el parasol de algún magnate de la corte.

De Valence á Marsella, por todo el valle del Ródano, Saint Románs de Bellaigue tiene tanta nombradía como un palacio encantado; y la verdad es que no parece otra cosa, en tierras como aquellas tostadas por el mistral, un oasis de verdura y de aguas corrientes tan soberbio.

—Cuando sea rico, mamá, decía Jansoulet cuando chiquillo á la suya, en quien adoraba, te he de regalar Saint Románs de Bellaigue.

Y como la vida de aquel hombre parecía la realización de un cuento de *Las mil y una noches*; como no había en él deseo que no se cumpliera, aun el más exorbitante; y como sus quimeras más locas venían á tenderse á sus plantas, á lamerle las manos á modo de gozquecillos familiares y sumisos, había comprado Saint Románs para regalárselo á su madre, amueblado de nuevo y restaurado magníficamente. Aun cuando de esto cumplían ya diez años, todavía la buena mujer no se había acostumbrado á aquella soberbia instalación. «Lo que tú me has dado

es el palacio de la reina Juana, escribía á su hijo; no me atreveré nunca á vivir en él. Y con efecto, no se decidió nunca, contentándose con ocupar un pabellón de construcción moderna, sito en la linde de la parte de finca destinada á recreo para vigilar la caserfa y cortijo, los corrales y molinos de aceite, con su campestre horizonte de trigales, olivares y viñedos que se dilatan por la meseta hasta perderse de vista. Metida en la quinta, crefase en una de esas mansiones encantadas donde uno se duerme en plena ventura para no despertar hasta después de siglos. Aquí, á lo menos, la pobre campesina, que no había sabido habituarse á tan colosal fortuna, sobrevenida demasiado tarde, de demasiado lejos y con la instantaneidad del rayo, sentíase amarrada á la realidad por el trasiego de los jornaleros, el entrar y salir del ganado, toda aquella vida pastoril que la despertaba con el acostumbrado canto del gallo, con el chillido agudo de los pavos reales, y le hacía bajar antes del alba la rústica escalera del pabellón. No se consideraba más que como una depositaria de aquel magnífico inmueble, el cual custodiaba por cuenta de su hijo y quería restituirle en buen estado el día que, considerándose ya suficientemente rico y cansado de vivir entre los *moros*, fuese, según tenía prometido, á vivir con ella á la sombra de las arboledas de Saint Románs.

Así, no cabe imaginar cómo era de universal y de incansable su vigilancia.

En lo más crudo del invierno, los mozos oían su voz enronquecida y apagada: — ¡Olivier... Peyrol... Audibier... arriba!... ¡Son las cuatro!—Luego se dejaba caer en la inmensa cocina, donde las criadas, cayéndose de sueño, calentaban la sopa á la lumbre clara y chisporroteadora de los troncos. Tomaba su platito de tierra roja de Marsella lleno de castañas hervidas, frugal almuerzo de sus malos tiempos que por nada del mundo hubiera cambiado, y veíasela con su grueso llavero de plata en el cinto, el plato en la mano, y la rueca asomando en risbre por debajo de su brazo, porque hilaba desde la mañana á la noche y ni aun para comer sus castañas hacía alto en la labor. De paso una ojeada al establo, negro toda-

vía, donde las bestias se agitaban perezosamente, al ahogado pesebre cuya puerta estaba erizada de hocicos estirados é impacientes, y los primeros albores, al deslizarse por los basamentos de piedra que sostenían los terraplenes del parque, veíanla correr bajo el rocío con la presteza de una joven, á pesar de sus setenta años, inventariando punto por punto cada madrugada las preciosidades todas del patrimonio, temerosa de que la noche se hubiese llevado los jarrones y las estatuas, ó arrancado de raíz las seculares arboledas, ó sorbido las fuentes que se desgranaban en sus resonantes tazas. Más tarde, el sol de las doce, vibrante y zumbador, proyectaba en la arena de una avenida, en el blanco muro de una terraza, aquella figura de anciana, tiesa y enjuta como una rueca, recogiendo pedazos de madera seca, quebrando una rama de arbusto mal alineada, sin miedo á la ardiente reverberación que resbalaba por su piel dura como por la piedra de un banco viejo. Á esa misma hora, poco más ó menos, dejábase ver también por el parque un nuevo paseante, menos activo, menos bullicioso, que más que andar se arrastraba, apoyándose en los muros, en las balaustradas: un pobre infeliz, encorvado, tambaleante, baldado, de rostro desvaído y sin edad, mudo siempre, y que, cuando estaba cansado, daba un leve grito plañidero al criado que le seguía constantemente, el cual le ayudaba entonces á sentarse, á acurrucarse en algún escalón, donde se pasaba hora tras hora, inmóvil y sin decir nada, la boca abierta, los ojos pestañeando, mecido por la estridente monotonía de las cigarras, mancha de humanidad en la esplendidez del horizonte.

Era aquel el *mayor*, el hermano de Bernardo, el niño mimado del padre y de la madre Jansoulet, hermosura, inteligencia, gloriosa esperanza de la familia del ferrovejero, quien fiel, como tantos otros en el Mediodía, á la superstición del derecho de primogenitura, había hecho toda suerte de sacrificios para mandar á París á aquel muchachuelo ambicioso, admiración de todas las mozas del pueblo, que había partido con cuatro ó cinco bastones de mariscal en la maleta, y que París—después de haber majado, torcido, estrujado durante diez años consecuti-

vos en su tremenda cuba aquella buena pieza meridional, acabó por devolver hecho un pingajo, un jirón, embrutecido, parálítico, después de haber matado á pesares á su padre y obligado á la madre á vender los cuatro trastos que tenía, y á vivir ayudando á las faenas de los criados en las casas acomodadas del país. Por fortuna, á la sazón en que aquella ruina de los hospitales parisienses, repatriado por la caridad pública, se dejó caer en Bourg-Saint-Andéol, Bernardo—el que llaman *Cadet* como acontece en las familias meridionales semi árabes en que el mayor toma siempre el apellido de familia y el menor el de *Cadet*—estaba ya en Túnez, en camino de hacer fortuna, y mandaba dinero con regularidad á la familia. Pero ¡qué de remordimientos para la pobre mamá al ver que todo, incluso la vida y el bienestar de aquel desgraciado enfermo, se lo debía al chico robusto y animoso por quien tanto ella como el padre no habían sentido más que un amor sin ternura! ¡Ah! ¡Cómo hubiera deseado tenerle junto á sí, devolverle una parte del bien que le hacía, saldar de una sola vez las cuentas atrasadas de mimos maternas que con él tenía pendientes!

Mas ¡qué remedio! esas fortunas de príncipe están sujetas á las cargas, á las amarguras de la vida de los príncipes. La pobre madre Jansoulet venía á ser en aquella deslumbradora mansión una verdadera reina, obligada á conocer los destierros prolongados, las separaciones crueles y las pruebas que son el contrapeso de la grandeza: de sus dos hijos, el uno condenado á idiotez perpetua; el otro, embebecido en sus considerables negocios, escribiendo apenas, diciendo siempre «Iré,» y no yendo nunca. En el espacio de doce años una sola vez le había visto, y aun aquélla envuelto en el torbellino de una visita del Bey á Saint Románs: un desbordamiento de caballos, de carretelas, de petardos, de fiestas. Luego había desaparecido detrás de su monarca, sin tiempo apenas de abrazar á su anciana madre, la cual, de aquella gran alegría con tanta impaciencia esperada, no había conservado más que algunos dibujos de periódicos que representaban á Bernardo Jansoulet al llegar al castillo con Ahmed, y un cedro del Líbano traído del otro confín del mundo, un

gigantón, de transporte tan caro, tan dificultoso como el obelisco, izado, asentado á fuerza de brazos, de dinero y de yuntas, y que durante largo tiempo tuvo echado á rodar el arbolado todo por el solo gusto de erigir un recuerdo conmemorativo de la visita regia. Á lo menos con el viaje de ahora, sabiendo que venía á Francia por mucho tiempo, por siempre acaso, esperaba tener á su Bernardo para sí sola. Pero de la noche á la mañana comparece, circundado de la misma gloria triunfal de la otra vez, con una nube de condes, de marqueses, de señorones de París, que apenas caben ellos y sus criados en los dos grandes breaks que había mandado á esperarles en la pequeña estación de Giffas, orilla opuesta del Ródano.

—Vamos, un abrazo, querida mamá. Apretad, pero fuerte, fuerte, contra vuestro corazón, á vuestro chico que tantos años ha que no habéis visto... Todos estos señores son amigos nuestros... Ahí tenéis al señor marqués de Monpavón, al señor marqués de Bois l'Héry... ¡Ah! qué diferencia de cuando os traía á casa á comer la sopa de habas á Cabassu y á Bompain, Juan Bautista... ¿Conocéis al señor de Géry?... Con mi buen Cardailhac, á quien os presento, tenéis la primera hornada... Ya irán viniendo los demás... Preparaos para un zafarrancho de mil demonios... Dentro de cuatro días vamos á recibir al Bey.

—¡Otra vez al Bey!... dijo la buena mujer despavorida. Creía que había muerto.

Jansoulet y sus convidados no pudieron menos que reírse al ver aquel cómico azoramiento acentuado por la entonación meridional.

—Pero mamá, si es otro... Nunca faltan Beyes... Y por fortuna, ¡voto val... Pero estad tranquila. Esta vez el trasego no será tanto... El amigo Cardailhac se encarga del arreglo. Vais á ver unas fiestas de rechupete... Y ahora, á comer y á dormir... Nuestros parisienses están rendidos.

—Todo está á punto, contestó sencillamente la anciana, envarada y tiesa bajo su cofia de barbas amarillentas que no dejaba nunca, ni aun en las grandes festividades.

Á ella sí que la fortuna no la había cambiado. Seguía siendo la campesina del valle del Ródano, independiente y altiva, y harto sencilla para sentir el desvanecimiento

de la riqueza. Su solo orgullo estribaba en que su hijo viese con cuánto cuidado, con cuánta meticulosidad había desempeñado su cometido de guardiana. Ni un átomo de polvo, ni el más leve descostrado en las paredes. Todo aquel espléndido piso bajo; los salones con sus sederías desenfundadas á última hora; las espaciosas galerías de verano, frescas y sonoras; el comedor inmenso henchido de plantas y de flores; la misma sala de billar con sus ringleras de reluciente marfil, sus aparatos de iluminación y sus panoplias; todo se mostraba á la admiración de los recién venidos, encantados ante aquella riqueza serena y apacible, reflejada en las lunas de los espejos, en la cera ó el barniz de los pavimientos, con la limpieza con que el cristal de los estanques desdoblaba los álamos inclinados el uno hacia el otro, y los cisnes que nadaban suavemente. El cuadro era tan bello, tan grandioso el aspecto general, que el lujo chillón y desconcertado se desvanecía, desaparecía á los ojos más sutiles.

—¡Hay pasta, hay pasta!... dijo el empresario Cardailhac, terciado el sombrero, apuntado el antejo y calculando ya su combinación escénica.

Y una sonrisa de asentimiento vino á borrar el mohín malhumorado de Monpavón, á quién había hecho muy poca gracia la cofia de la anciana recibiendo en el vestíbulo. Sí, había pasta, y en grande; y bajo la dirección de gente perita, su amigo Jansoulet podía hacer á la alteza mogrebita un recibimiento tal cual. Este fué el tema de conversación durante toda la velada. De codos en la mesa, en el suntuoso comedor, bien forrados por dentro y con una más que regular temperatura, se entretenían discutiendo, combinando. Cardailhac, que veía las cosas en grande, tenía ya trazado su plan.

—Ante todo, carta blanca; ¿verdad, Nabab?

—Carta blanca. Y que Hermerlinge reviente de rabia.

Y entonces el empresario desarrollaba su proyecto, la fiesta dividida en jornadas, como en Vaux cuando Fouquet recibió á Luis XIV; un día comedia, el segundo las fiestas á la provenzal, farándulas, toros, músicas del país; el tercer día... Y en su manía de empresario, bosquejaba programas, anuncios, al tiempo que Bois-l'Héry,

arrellanado en su asiento, con las manos en los bolsillos, calado el puro á un lado de su boca fisgona, echaba un sueño; y que Monpavón, por su lado, siempre de ceremonia, estiraba á cada punto su pechera para no dormirse.

Á poco de llegados, de Géry se había ido por las suyas. Habíase refugiado al lado de la anciana que le conocía, así como á sus hermanos, desde muy jóvenes, en el saloncito del pabellón, adornado modestamente con cortinas blancas, de paredes claras cubiertas de estampas, donde la madre del Nabab se complacía en hacer revivir su pasado de menestrala con auxilio de unas pocas reliquias salvadas del naufragio.

Pablo departía tranquilamente frente á la respetable anciana, que mantenía enhiesto sobre la silla su busto plano fajado en un chal verde, pues en su vida había reclinado su espalda en los barrotes de silla alguna ni sabía lo que era un sillón. Él la llamaba Francisca, ella señor Pablo. Eran antiguos amigos... y ¿á que no adivináis de qué hablaban? De sus nietos, de los tres muchachos de Bernardo, que ella no conocía, y que tanto hubiera deseado conocer.

—¡Ah, señor Pablo! si supiéseis cuánto me tarda... Me hubiera hecho tan dichosa si me los hubiese traído, pobres chiquitines, en lugar de todo este señorío... Figuraos que no los he visto nunca, más que en los retratos que están allí... La madre me da un poco de miedo; es toda una gran señora, una señorita Afchin... Pero ellos, probrecitos, segura estoy de que no son fachenderos, y que querrían mucho á su baba... Me parecería ver en ellos á su padre cuando pequeñito, y les pagaría todo lo que dejé de dar al padre... Porque ¿á qué negarlo, señor Pablo? los padres no siempre son justos. Siempre hay preferencia. Pero Dios sí que es justo. Los que más una se ha muerto para componer y aderezar en perjuicio de los restantes, viene luego Nuestro Señor y se encarga de arreglarles las cuentas... Y muchas veces las preferencias de los viejos son fatales para los jóvenes.

Y la buena anciana suspiró volviendo los ojos hacia la alcoba, cuyos altos lambrequines y colgantes cortinajes dejaban pasar á intervalos un prolongado resuello tem-

bloroso, como el adormecido lamento de un niño á quien se ha pegado y que ha llorado mucho tiempo...

Un andar pesado por la escalera, una voz gruesa que decía en tono quedo y cariñoso: «Soy yo... no os mováis,» y apareció Jansoulet. Ya acostado todo el mundo, como él sabía las costumbres de su madre, y que la lámpara de su cuarto era la última en apagarse, venía á verla, á conversar un poco con ella, á dar un verdadero saludo de corazón que no habían podido cambiar delante de la gente. «No os vayáis, querido Pablo; ya sabéis que sois de los nuestros.» Y como un niño, al hallarse en presencia de su madre, echó á sus plantas por el suelo su colosal humanidad, con un mimo de actitudes y de palabras realmente enternecedor. También ella estaba contentísima de tenerle tan cerca; pero, así y todo, sentíase algo violenta, porque él, para ella, era en cierto modo un sér todopoderoso, extraordinario, que tomaba á sus ojos sencillos las proporciones de un dios olímpico circundado de rayos y de truenos, y en posesión de la plenitud de poder. Hacíale preguntas, informábase de si seguía tan contento de sus amigos, de sus asuntos, pero sin atreverse á dirigirle la pregunta que había dirigido á de Géry: «¿Por qué no me han traído los niños?» Jansoulet se le anticipó.

—Están á pensión, mamá; así que vengan las vacaciones os los mandaré con Bompain... Ya sabéis quién quiero decir, Bompain, Juan Bautista... Y los tendréis un par de meses. Vendrán á importunaros para que les contéis cuentos, y se dormirán con la cabeza en vuestro delantal, así, de esta manera...

Y poniendo su cabeza crespada, pesada como un lingote, en el regazo de la vieja, recordando las horas buenas de su infancia en que se dormía de aquella manera cuando se lo permitían, cuando la cabeza del mayor no ocupaba todo el puesto, Jansoulet, por primera vez desde su regreso á Francia, gozaba unos minutos de un descanso delicioso, pegado en aquel viejo corazón de madre que oía palpar á intervalos regulares como los del péndulo del centenario reloj adosado á un rincón del cuarto, en aquel profundo silencio de la noche y del campo que se siente cernerse por el espacio sin límites... De pronto se dejó

oir en el fondo de la alcoba aquel prolongado suspiro de niño que se ha dormido sollozando. Jansoulet levantó la cabeza, miró á su madre, y en voz baja preguntó:

—¿Es por ventura?...

—Sí, contestó ella; le hago dormir allá... De noche podría necesitar de mí.

—Quisiera verle, abrazarle.

—¡Ven!

La anciana se puso en pie con gravedad, tomó la luz, fuese á la alcoba, recorrió poco á poco la cortina, é hizo seña á su hijo de que se acercase sin hacer ruido.

Dormía... Y sin duda revivía en él, durante el sueño, algo que no había en él cuando despierto, porque en vez de la lacia inmovilidad en que estaba sumido todo el día, experimentaba en aquel instante grandes sobresaltos, y en su rostro apagado se dibujaba una contracción de sufrimiento. Jansoulet contempló con emoción aquellas facciones enflaquecidas, ajadas, terrosas, en que la barba, usurpando la energía vital del cuerpo, crecía con sorprendente vigor; luego se inclinó, acercó sus labios á la frente, humedecida por el sudor, y, sintiendo que se estremecía, dijo muy bajo, respetuosamente, como se habla al jefe de la familia:

—Buenas noches.

Acaso desde el fondo de su limbo tenebroso y abyecto le oyó el alma cautiva. Lo cierto es que se agitaron sus labios, y contestó con un gemido prolongado, un lamento como de lejos, desesperada efusión que hinchó de lágrimas impotentes la mirada que se cruzó entre la madre y el hijo, y arrancó á entrambos un mismo grito, eco de un dolor común: «Pecaire,» fórmula local de toda compasión, de todo enternecimiento.

Al siguiente día, desde la madrugada, empezó el jolgorio con la llegada de comediantas y comediantes, una avalancha de gorras de viaje, de trenzas, de botas altas, faldas cortas, gritos estudiados, velos flotantes y mejillas llenas de afeites; las mujeres predominaban, porque Cardailhac había pensado que para un Bey el espectáculo sería lo de menos, que lo que importaba era que fuesen lin-

das las bocas aunque las notas no fuesen de lo mejor, y, aprovechando la fácil ligereza de ropas de la opereta, exhibir un buen muestrario de brazos bonitos y piernas bien torneadas. No hay que decir, pues, que allí estaban todas las celebridades plásticas de su teatro, con Amy Ferat en persona, una bribonaza que había roído ya con sus dientecillos el oro de una porción de coronas; con más dos ó tres graciosos de primera fuerza, cuyas caras sin color estampaban en el verdor de las arboledas manchas espectrales y pizarrosas parecidas á las del yeso de las estatuas. Todo aquel enjambre, despabilado por el viaje, por la sorpresa del aire libre y por aquella hospitalidad á pedir de boca, sin contar con la perspectiva de pescar tal cual ganga en el próximo río revuelto de Beyes y Nababs, no quería otra cosa que solazarse y armar gresca y cantos con el endiablado entusiasmo de una flota de remeros del Sena al sentar el pie en tierra firme. Pero Cardailhac lo entendía de otra suerte. Luego de llegados, hecho un pequeño refrigerio por fuera y por dentro, vengan los papeles y á ensayar. No había tiempo que perder. Los ensayos se verificaban en el saloncito vecino á la galería de verano, en el cual comenzaba á arreglarse el teatro; y el ruido de los martillos, las arietas de las coplas de revista de año, las menguadas voces sostenidas por el crin, crin, crin del director de orquesta mezclábanse con los trompetazos estridentes de los pavos posados en sus perchas, dilatábanse por el mistral, el cual, no reconociendo la matraca impertinente de sus cigarras, echaba de sí con desdén todo aquel galimatías por la punta rozagante de sus alas. Cardailhac, sentado en el centro de la gradería como en el proscenio de su teatro, á la vez que vigilaba los ensayos, dirigía un ejército de obreros, de jardineros, hacía derribar los árboles que perjudicasen la perspectiva, dibujaba el perfil de los arcos de triunfo, remitía telégramas propios á los alcaldes y subprefectos, á Arlés para que prepararan una comisión de muchachas del país en traje nacional, á Barbantane, tierra de los mejores farandulistas, á Faramán, renombrado por sus manadas de toros bravos y de caballos camarguenses; y como al pie de todos esos mensajes ful-

guraba el nombre de Jansoulet, y como, además, también en todos se hacía mérito del Bey de Túnez, todos se apresuraban á cumplir lo que se les pedía, los hilos telegráficos no paraban, pululaban los emisarios por los caminos á revientacaballo, y Cardailhac, repetía á cada punto: «Hay pasta, hay pasta», feliz de poder tirar el oro al aire como puñados de simiente, de poder montar un escenario de cincuenta leguas á la redonda, toda esa Provenza cuyos inagotables recursos en materia pintoresca conocía á fondo el bribón de parisiense como oriundo que era de ella.

Despojada de sus funciones, la anciana mamá no asomaba en parte alguna, limitándose á cuidar la granja y su pobre enfermo. Teníanla asustada aquella multitud de huéspedes, aquellos criados insolentes que apenas se distinguían de sus amos, aquellas mujeres de porte desvergonzado y libre, aquellos viejos afeitados que parecían malos curas, todo aquel atajo de locos que de noche se perseguían por los corredores arrojándose almohadones, esponjas mojadas, bellotas de cortinajes que arrancaban para hacerlas servir de proyectiles. De noche tampoco tenía á su hijo, obligada á hacer los honores á sus convidados, cuyo número aumentaba á medida que se iban aproximando las fiestas: ni el recurso le quedaba de hablar de sus nietos con «el señor Pablo» á quien Jansoulet, siempre bonachón y algo violentado por la formalidad de su amigo, había dejado ir por unos cuantos días al lado de sus hermanos. Y la hacendosa ama de casa á quien acudían á cada instante por las llaves de la ropa blanca, de algún nuevo aposento, de la plata guardada, pensando en sus hermosos rimeros de manteles bordados, en el saqueo de sus estanterías, de sus armarios, recordando de qué manera había quedado la quinta cuando la visita del otro Bey, devastada como por un ciclón, decía en su dialecto, humedeciendo febrilmente el lino de su rueca:

—¡Así mala peste se llevase á todos los beyes y á los que quieren serlo!

Llegó, por fin, el día, aquel día famoso de que hablan todavía hoy las gentes de aquellas tierras. ¡Oh! allá á las

tres de la tarde, después de un almuerzo suntuoso presidido esta vez por la anciana madre, ataviada con una cofia nueva, y al cual asistían, al lado de celebridades parisienses, prefectos, diputados, todos de uniforme, la espada en el cinto, alcaldes con la banda cruzada, reverendos con la cara afeitada, como una patena; cuando Jansoulet, de frac y corbata blanca, rodeado de sus convidados, apareció en el dintel y vió aquel hormigueo de cabezas, aquel colorinear de los trajes escalados por las vertientes, aglomerados en las revueltas de los caminos: aquí agrupadas en canastilla sobre el césped, las mozas más guapas de Arlés, cuyas cabecitas mates surgían delicadamente de los encajes de sus pañoletas; más abajo la farándula de Barbantane con su cola de ocho tamborileros, á punto de marcha, cogidos de las manos, ondeando al aire las cintas, terciado el sombrero, la faja encarnada en la cintura; más abajo, los orfeones en línea, con el abanderado al frente, grave, convencido, apretando los dientes, enarbolando su asta labrada; más abajo todavía, en una vasta plaza convertida en circo de combate, las manadas de toros negros trabados y los gauchos camarguenses en sus caballejos de larga crin blanca, el lazo arrollado encima de la rodilla blandiendo su tridente; más allá, una masa de banderas, de cascos, de bayonetas que se extendía hasta el arco triunfal de ingreso; más allá, hasta perderse de vista, en la margen opuesta del Ródano sobre el cual dos compañías de pontoneros acababan de echar un puente de barcas para unir la estación con Saint Romans, una multitud inmensa, poblaciones en masa descendiendo por las cuestas, amontonándose por la carretera de Giffas en torbellinos de gritos y de polvo, sentadas en el borde de las zanjas, encaramadas por los árboles, hacinadas en las carretas, formidable calle viviente del cortejo; por cima de todo ello, un ancho sol blanco, difuso, cuyas flechas se posaban al capricho del viento, ora en el cobre de un tamboril, ora en la punta de un tridente, ora en la franja de uda bandera, y el Ródano, fogoso y libre, llevándose al mar el movedizo cuadro de aquella fiesta regia: ante tamaña maravilla, en la cual resplandecía todo el oro de sus arcas, el Nabab sintió un impulso de orgullo y de asombro.

—Qué hermoso... dijo palideciendo. Y detrás de él su madre, pálida también, pero con la rapidez del espanto, murmuró:

—Es demasiado para un hombre... Parece que es Dios el que viene.

Este sentimiento de la anciana campesina católica, era el que experimentaba confusamente toda aquella masa de gente hacinada por los caminos, como en espera de una gigantesca procesión de Corpus, y á la cual el príncipe de Oriente que iba á visitar á un hijo del país recordaba las leyendas de los reyes Magos, la llegada de Gaspar el moro trayendo al Hijo del carpintero la mirra y la corona en forma de tiara.

En medio de las felicitaciones conmovidas de que Jansoulet era objeto, apareció de improviso triunfante y sudando Cardailhac, quien no se había dejado ver en toda la mañana.

—Si os lo decía yo que había pasta... ¿Qué tal?... ¿Marcha la cosa?... ¡Qué final de acto!... ¡Cuánto no darían nuestros parisienses por un estreno como este!

Y bajando la voz para no ser oído por la madre, que estaba allí cerca:

—¿Habéis visto nuestras arlesianas?... Fijaos bien... La primera, la que va al frente para presentar el ramo.

—¡Pues si es Amy Ferat!

—¡Qué diablo! ya podéis comprender, querido, que si el Bey echa su pañuelo á ese ejambre de buenar mozas es menester que haya una cuando menos para recogerlo... ¡Pobrecillas, no sabrían de qué se trataba!... Hay que pensar en todo... Todo está en regla, como en la escena. Á la derecha una puerta, á la izquierda jardín.

Y para dar una idea de lo perfecto de la organización, el director levantó el bastón; al momento, la señal circuló de arriba á bajo del parque, y rompieron á la vez en unísono orfeones, bandas, tamboriles, en el ritmo majestuoso del canto popular meridional: *Salve, oh sol de Provenza*. Las voces, el estrépito del cobre, se remontaban por el aire, hinchando los oriflomas, agitando la farándula que comenzaba á ondular, mientras del lado opuesto del río surgía un rumor como de brisa, el temor sin duda de que

el Bey hubiese llegado súbitamente por otra dirección. Segunda señal del director, y la inmensa orquesta enmudeció, esta vez más lentamente, con retardos, con cohetes de notas que se perdían en el follaje; pero no cabía pedir más á una comparsa de tres mil personas.

En aquel instante avanzaban los coches, las carretelas de gala que habían servido para las fiestas del difunto Bey, dos grandes carros oro y rosa á la moda de Túnez, que la mamá Jansoulet había cuidado como reliquias y que salían de la cochería tan flamantes y tan nuevos como el primer día. Hasta en ellos había desplegado Cardailhac su ingenio estético enganando á las bridas blancas, en vez de caballos, un poco pesados para aquella fragilidad de aspecto y de pinturas, ocho mulas encaperuzadas de lazos, de cintas, de sonajeros de plata, y cubiertas de pies á cabeza con esa maravillosa espartería cuyo arte primoroso parece que haya arrancado á los moros la Provenza para llevarlo á la perfección. Si el Bey no estaba contento, ya podía irse con la música á otra parte.

El Nabab, Monpavón, el prefecto, uno de los generales, ocuparon para la ida la primera carretela, los demás la segunda y los restantes carruajes del séquito. Curas, alcaldes, achispados todos por el gaudeamus previo, corrieron á ponerse al frente de los orfeones de sus respectivas parroquias, que debían proceder á la comitiva; y todo ello se puso en movimiento por el camino de Giffas.

El tiempo era magnífico, aunque pesado y bochornoso, tiempo anticipado de tres meses con respecto á la estación, como acontece á menudo en aquellos países impetuosos en que todo se precipita, todo llega antes de la hora. Aunque no se divisaba la más leve nubecilla, la inmovilidad de la atmósfera en que el viento había caído en seco, como vela que se amaína, el espacio relumbrante, la muda solemnidad que se cernía por encima de la naturaleza, todo presagiaba una tormenta que se estaría fraguando en algún rincón del horizonte. Poco á poco la inmensa torpeza de las cosas invadía los seres. No se oía sino el campanileo de las mulas sonando á paso corto, la marcha pesada y á compás por el crujiente polvo, de las

bandas de coristas que Cardailhac iba colocando de trecho en trecho, y de vez en cuanto, en la doble hilera que se rebullía á lo largo de la carretera á lo lejos desvanecida, voces de chiquillos, gritos de revendedores de agua fresca, acompañamiento obligado de todas las fiestas del Mediodía al aire libre.

—Pero, general, abrid la ventanilla, nos ahogamos, decía Monpavón, encendido, temiendo por su colorete; y los cristales corridos dejaban ver al pobre pueblo aquellos altos funcionarios, enjugando la faz augusta, congestionada, angustiada por idéntica expresión de espera, espera del Bey, de la tempestad, espera, en una palabra, de algo.

Nuevo arco de triunfo. Era Giffas con su dilatada calle guijarrosa henchida de palmas verdes, sus vetustos casuchones tapizados de flores y de colgaduras. Fuera de la villa, la estación, blanca y cuadrada, puesta, á manera de dado, al pie de la vía, verdadero tipo de la pequeña estación rural en pleno viñedo, con su única salita siempre desierta, ó todo lo más, muy de tarde en tarde, con alguna pobre viejecilla cargada de paquetes y aguardando, acurrucada en un rincón, durante dos ó tres horas.

En honor al Bey el insignificante edificio se había visto engalanado con banderas, con trofeos, adornado de alfombras, de divanes, y de un suntuoso bufete con refrescos y sus sorbetes á punto para la Alteza. Una vez allí, el Nabab, apeado de su carruaje, sintió disiparse la especie de malestar inquieto que también él, sin saber por qué, experimentaba hacia un momento. Prefectos, generales, diputados, aguardaban en el espacioso andén, formando grupos imponentes, solemnes, con esas bocas en redondo, ese contoneo, esos atiesamientos afectados del funcionario público que sabe que le miran. Y figuráos si habría narices aplastadas por fuera contra los vidrios para ver todos aquellos bordados jerárquicos, la pechera de Monpavón que se henchía y subía como soplillo de huevos en nieve, á Cardailhac jadeante, dando sus últimas órdenes, y la cara bonachona de Jansoulet, de su Jansoulet, cuyos ojos chispeantes entre las mejillas curtidadas y mofletudas semejaban dos gruesos clavos de oro

en el estampado de un guadamacil. De pronto, repiques eléctricos. El jefe de estación, de gran gala, se adelanta hacia la vía: «Señores, el tren está señalado. Dentro de ocho minutos estará aquí...» Estremecimiento general. Luego un mismo impulso instintivo hizo sacar del bolsillo todos los relojes... Seis minutos... Entonces, en aquel silencio imponente, dijo uno: «Mirad por allí.» Á la derecha, por la parte de donde el tren iba á venir, dos grandes cerros cubiertos de viña formaban un embudo en el cual se hundía el camino, perdiase como tragado. En aquel momento, todo aquel fondo se mostraba negro de tinta, oscurecido por una nube enorme, barra sombría que cortaba á pico el azul del cielo, erizada de escarpaduras, de inmensos acantilados por los cuales rebotaba una claridad completamente blanca con palideces de luna. Era un espectáculo imponente el que ofrecía, en la soledad de la vía desierta, sobre aquella línea silenciosa de rails, aquel acantilado aéreo que iba avanzando, proyectando por delante su sombra con ese juego de perspectiva que imprimía á la nube una marcha lenta, majestuosa, y á su sombra la rapidez de un caballo al galope. «¡Qué tempestad va á descargar!...» Esta fué la idea que se les ocurrió á todos, pero no les quedó tiempo para comunicársela porque sonó un estridente silbido, y en el fondo del tenebroso embudo apareció el tren. Verdadero tren regio, rápido y corto, cubierto de banderas francesas y tunecinas, y cuya locomotora mugiente y humeante, con un enorme ramo de rosas en el pretal, parecía la dama de honor de una boda de Leviatanes.

Lanzada á toda carrera, iba acortando su marcha á medida que se acercaba. Los funcionarios se agruparon, poniéndose tiesos, arreglándose las espadas, componiéndose los alzacuellos, mientras Jansoulet se adelantaba hacia el tren por el borde de la vía, con una sonrisa obsequiosa en los labios, y las espaldas encorvadas á punto para el *Salem alek*. El convoy seguía caminando muy lentamente. Jansoulet creyó que iba á parar, y puso la mano en el pomo del vagón regio que relucía como oro en la lobreguez del cielo; pero el arranque era sin duda demasiado fuerte, el tren seguía avanzando, con el Na-

bab al estribo, haciendo esfuerzos para abrir la maldita portezuela que aguantaba firme, y señas al maquinista, con la otra mano, de que parase. El maquinista no obedecía. «Alto ya.» Pero no hacía alto. Impacientado, saltó al estribo alfombrado de terciopelo, y con su fogosidad un si es no es impudente que gustaba tanto al Bey anterior, asomando su gruesa cabeza crespá á la portezuela:

—Estación de Saint Románs, Alteza.

¿Os habéis fijado en esa especie de luz vaga que alumbrá los sueños, en esa atmósfera sin color y sin relieve en que todas las cosas toman el aspecto de fantasmas? Jansoulet se sintió súbitamente envuelto en ella, bañado, paralizado por ella. Quiso hablar, y las palabras no acudían á sus labios; sus manos flojas se agarraban con tan poca fuerza á su punto de apoyo que estuvo á pique de caer al suelo. ¿Qué era, pues, lo que había visto? Arrellanado en un diván que ocupaba el fondo del salón, descansando en el codo su simpática cabeza de tonos mates, de luenga barba negra y sedosa, el Bey, con su levitón oriental abrochado hasta el cuello, sin más adornos que el ancho cordón de la Legión de Honor, cruzado en el pecho y la garzota de diamantes de su casquete, se abanicaba, impasible, con un pequeño abanico de esparto bordado con oro. Á su lado y en pie estaban dos edecanos con un ingeniero de la compañía. Al frente, en otro diván, en actitud respetuosa, pero privilegiada, como que eran los únicos que estaban sentados delante del Bey, entrambos amarillos, con sus largas patillas cayendo encima de la corbata blanca, dos buhos, gordo el uno y flaco el otro... Eran los Hemerlingue, padre é hijo, que habían reconquistado á la Alteza y le traían en triunfo á París... ¡Sueño horrible! Todas aquellas personas, á pesar de conocer de sobras á Jansoulet, le miraban friamente como si su rostro nada les recordase... Lívido hasta dar lástima, bañada en sudor la frente, Jansoulet balbuceó: «Pero, Alteza, ¿no os apeáis?...» Un relámpago lívido que descargó como un sablazo, seguido de un estampido de trueno, le cortó la palabra. Pero el relámpago que fulguró en los ojos del soberano le pareció más terrible todavía. Erguido, tendido el brazo, en voz un

tanto gutural, como habituada á mascullar las duras sílabas árabes, pero en francés muy correcto, el Bey le asestó estas palabras lentas y preparadas de antemano:

—Mercachife, vuélvete á tu casa. El pie va á donde le lleva el corazón; el mío no irá nunca á casa del hombre que ha robado á mi país.

Jansoulet quiso decir algo. El Bey hizo una seña: «En marcha,» y habiendo el ingeniero apretado un timbre eléctrico al cual contestó un silbido, el tren, que no había parado de andar aunque muy lentamente, tendió é hizo crujir sus músculos de hierro, agitando sus banderas al viento de tempestad por entre torbellinos de negro humo y relampagos siniestros.

Jansoulet, en pie en el andén, tambaleándose, ébrio, perdido, miraba cómo hufa y desaparecía su fortuna, insensible á las gruesas gotas de lluvia que empezaban á caer encima de su cabeza descubierta. Luego, cuando los demás corrieron á su encuentro abrumándole á preguntas: «¿Pues no se apea el Bey?» balbuceó algunas palabras incoherentes: «Intrigas de corte... Maquinación infame...» Y de pronto, enseñando los puños al tren ya desaparecido, inyectados en sangre los ojos, echando espuma de rabia, con rugido de fiera gritó:

—¡Canallas!...

—¡Buen tono, Jansoulet, buen tono!...

Fácil es adivinar quién era el que esto decía, y quién, pasando su brazo por debajo de el del Nabab, se esforzaba en ponerle tieso, en conducirlo á los carruajes en medio de la estupefacción de los uniformes bordados, y le metía en uno de ellos, anonadado, estupefacto, como un pariente de difunto al cual izan en un coche de luto terminada la lúgubre ceremonia. La lluvia comenzaba á espesarse, menudeaban los truenos. Todo el mundo se lanzó á los carruajes los cuales emprendieron á galope el camino de regreso. Entonces sucedió uno de esos lances lastimosos al par que cómicos, una de esas bromas crueles con que el cobarde destino se complace á veces en aplastar á sus víctimas. En la escasa luz poniente, en la creciente obscuridad de la tromba, el gentío apiñado en las cercanías de la estación se figuró ver á una Alteza entre

tanto colorín, y así que las ruedas se pusieron en movimiento, una gritería formidable, un inmenso clamoreo que latía hacia una hora en el fondo de toda aquella masa de pechos, estalló, subió, rodó, repercutió de cerro en cerro, prolongándose hasta el fondo del valle: «¡Viva el Bey!» Avisadas por esta seña, rompieron las primeras bandas, los coros respondieron á su vez, y difundíendose el ruido á medida que iba avanzando, desde Giffas á Saint Románs el trayecto todo fué una oleada de gente, una no interrumpida gritería. En vano Cardailhac y todos los de la comitiva y el mismo Jansoulet se asomaban á las portezuelas, hacían señas desesperadas: «¡Basta!... ¡Basta!...» Sus gestos se perdían en el tumulto, en la obscuridad; y todo el mundo tomaba sus señas por estimulantes. Y por la Virgen que no necesitaban de estímulo alguno. Todos aquellos meridionales cuyo entusiasmo se venía calentando desde la mañana, exhalaban cuánto había en ellos de voz, de aliento, de entusiasmo estrepitoso, mezclando con el himno de Provenza el grito repetido siempre y que lo entrecortaba á modo de estribillo: «¡Viva el Bey!» La mayor parte no sabían á punto fijo qué cosa fuese un bey ni llegaban siquiera á imaginarsele, y acentuaban de una manera extraordinaria aquel apelativo extraño cual si tuviese tres *b* y diez *y*. Pero no importaba, seguían exaltándose con él, levantaban las manos, agitaban los sombreros, se emocionaban con su propia mímica. Mujeres enternecidas se enjugaban los ojos; á lo mejor, de lo alto de un árbol partían gritos chillones de muchacho: «Mamá, mamá, ya le veo...» ¡Le veía!... Ello es que todos le veían: hoy mismo jurarían todos que le vieron.

Ante tamaño delirio, en la imposibilidad de imponer silencio y quietud á toda aquella masa, los de los carruajes no tuvieron más recurso que dejar hacer, correr los cristales y echar á escape para abreviar aquel terrible martirio. Lo que entonces pasó fué horroroso. Al ver que el séquito corría, toda la carretera se lanzó á galope con él. Al sordo redoblar de sus tamboriles, los farandulistas de Barbantane, cogidos de las manos, saltaban, yendo, viniendo—guirnalda humana—alrededor de las portezue-

las. Los orfeones, rendidos de cantar á paso de carga, pero rugiendo siempre, arrastraban á los abanderados, bandera al hombro; y los buenos de los curas gruesos, encendidos, jadeantes, echando adelante la voluminosa panza que iba saltando á compás, tenían fuerza todavía para gritar al oído de las mulas con voz simpática y llena de efusión: «¡Viva nuestro buen Bey!...» Y á todo esto la lluvia, la lluvia que caía á cántaros, destiñendo las carrozas rozadas, precipitando aún más la fuga, acabando de dar á aquel regreso triunfal el aspecto de una derrota, pero de una derrota cómica, mezcla de cantos, de risas, de blasfemias, de empujones furiosos y votos infernales, algo como la vuelta de una procesión sorprendida por la tempestad; sotanas recogidas, sobrepellices en la cabeza, y el buen Dios metido á toda prisa bajo un portal. Un ruido sordo y apagado anunció al pobre Nabab, inmóvil y silencioso en un rincón del carruaje, que entraban en el puente de barcas. Acercábase el término del viaje. «¡Al fin!» dijo mirando por los cristales empañados las espumantes olas del Ródano cuya tempestad le parecía una calma después de la que acababa de atravesar. Pero en el extremo del puente, cuando llegó al pie del arco triunfal el primer carruaje, rompió un estallido de petardos, los tambores batieron marcha saludando la entrada del monarca en los dominios de su feudatario, y para colmo de ironía, entre las sombras del crepúsculo surgió de pronto de la cornisa de la quinta, una gigantesca llamarada de gas que iluminó la azotea con letras de fuego por las cuales el viento y la lluvia hacían correr gruesas manchas de sombra, pero que mostraban aún en caracteres muy legibles: «*Viv' L' YM^m HMED.*»

—He aquí el ramillete, dijo el infortunado Nabab sin poder contener una sonrisa, bien amarga, bien lastimosa por cierto. Pero no; se equivocaba. El ramillete aguardaba en la puerta de la quinta; y fué Amy Ferat quien acudió á presentárselo saliendo del grupo de arlesianas que guarecían bajo la marquesina la seda cambiante de sus faldas y el labrado terciopelo de las tocas, en espera de que llegase la primera carretela. Con el ramo de flores en la mano, modesta, bajos los ojos y la pantorrilla inci-

tante, la linda actriz se lanzó á la portezuela en una actitud de acatamiento, casi arrodillada, que había estado ensayando ocho días. En lugar del Bey, apeóse Jansoulet, tieso, afectado, y pasó sin verla siquiera. Y como ella siguiese allí con su ramo en la mano y el aire imbécil de una figurante en un cuadro de espectáculo abortado:

—Chica, quédate con tus flores, se ha frustrado el golpe, le dijo Cardailhac con el buen humor de un parisien que sabe apechugar pronto con todo... El Bey no viene... Ha olvidado el pañuelo, y como para entenderse con las señoras necesita de él, ya ves...

Es de noche. Después de la inmensa marimorena del día, todo duerme en Saint Romans. Continúa lloviendo á mares, y por el inmenso parque en el cual alzan confusas sus empapadas osamentas arcos y trofeos, oye el rugir de los torrentes. Un ruido, un formidable ruido de agua. Sólo en su alcoba suntuosa de cama señorial, cubierta de damasco listado de púrpura, el Nabab vela todavía, va y viene á grandes pasos, rumiando ideas siniestras. No le preocupa la afrenta que acaba de recibir, ese ultraje público á la faz de treinta mil personas; no es tampoco la injuria sangrienta que el Bey le ha dirigido en presencia de sus mortales enemigos. No, ese meridional de sensaciones completamente físicas, rápidas como el tiro de un arma nueva, ha echado ya lejos de sí todo el veneno de su rencor. Aparte de que los favoritos de los príncipes están preparados siempre por ejemplos célebres para esas desgracias ruidosas. Lo que le espanta es lo que vislumbra detrás de tamaña afrenta. Piensa que todos sus bienes radican allá abajo; casas, almacenes, navíos, en ese Oriente sin leyes, la tierra del capricho. Y pegando su frente abrasada á los cristales chorreantes bañadas las espaldas en sudor, heladas las manos, hunde sus ojos extraviados en la noche tan oscura, tan cerrada como su propio destino.

De pronto un ruido de pasos, golpes precipitados en la puerta.

—¿Quién va?

—Señor, dice Noël entrando á medio vestir, un parte urgentísimo que un propio trae del telégrafo.

—¡Un parte?... ¿No hay bastante todavía?...

Toma el carpete azul y lo abre temblando. El dios, herido ya por dos veces, empieza á sentirse vulnerable, á perder el aplomo: conoce ya los temores, las debilidades nerviosas de los demás mortales... A ver la firma... Mora... ¿Es posible?... ¡El duque, el duque á él!... Sí, no hay duda... M...o...r...a...

Y arriba:

Popalasca ha muerto. Elecciones próximas en Córcega. Sois candidato oficial.

¡Diputado!... Era su salvación. Ya nada había que temer. Á un representante de la gran nación francesa no se le trata como á un mercachifle cualquiera...

Los Hemerlingue hundidos...

—¡Oh, duque, noble duque mio!

Estaba tan afectado que no podía firmar. Y de repente:

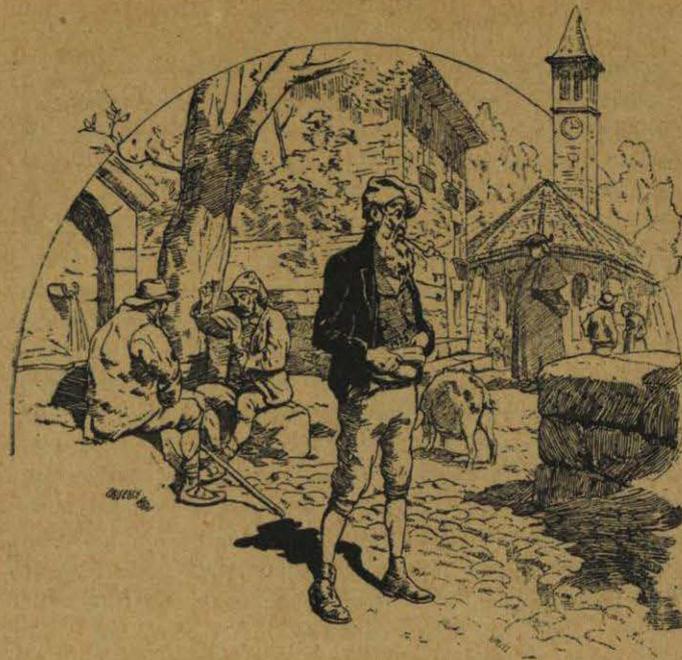
—¿Dónde está el que ha traído este despacho?

—Aquí, señor Jansoulet, respondió en el corredor una voz meridional y familiar.

El peatón estaba en suerte.

—Entra, dijo el Nabab.

Y entregándole el recibo, cogió á granel en sus bolsillos siempre repletos cuantas monedas de oro podían caber en sus dos manos, y las echó en la gorra del pobre diablo balbuciente, azorado, deslumbrado por la fortuna que le llovía en la oscuridad de aquel palacio encantado.



XII

UNA ELECCIÓN CORSA

Pozzonegro por Sartene

Por fin puedo escribiros, mi querido señor Joyeuse. Los cinco días que llevamos en Córcega hemos corrido, hablado tanto, cambiado tan á menudo de vehículo, de montura, ora en mulo, ora en asno y aun á cuestras humanas para vadear los torrentes; hemos escrito tantas cartas, anotado tantas peticiones, visitado tantas escuelas, repartido tanta casulla, tanta sabanilla de altar, apuntalado tanto campanario al traste y fundado tanta sala de asilo; hemos inaugurado tanta cosa, hecho tanto brindis, consumido tanto arenque, vino de Talano y queso de leche, que ni un minuto he tenido para mandar un afectuoso saludo. Por fortuna mi ausencia no va á prolongarse mucho porque pensamos partir pasado mañana y regresar directamente á París. Por lo que toca á la elección